Núm. 15.

No me Olvides;

PERIÓDICO

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

13 *de agosto de* 1837.

EL LOCO!!

Hallábame yo en el pueblo de O.. convaleciendo de una enfermedad. Durábame aun la melancolía que generalmente dejan estas en el corazon. Salia á pasear las mas veces solo, y entregábame, con toda la abstraccion de un aleman, á recorrer los principales sucesos de mi vida, sembrados ya de bastantes incidentes particulares, á pesar de mi poca edad.

Una de estas tardes de paseo y meditacion, en la que el cielo estaba nublado y amenazaba tormenta, no sé como varié de direccion, y me dejé llevar por un vago instinto, atravesando montecillos y bosques, á un espacioso barranco que se halla al sur del pueblo. El ruido de las cascadas que le fertilizan, el rumor sordo de algunos truenos lejanos, la luz de los relámpagos que brillaban con frecuencia, y las gotas que caian, me hicieron volver en mí, y reparar en el sitio en que me hallaba. ¡Encantador y sublime espectáculo el del cielo y la tierra! Yo sentí una emocion dificil de esplicar. ¿Y quién no la sentiria? Bramaba el huracan entre las hojas, meciendo magestuosamente los corpulentos álamos, los cuales, al tocar con sus copas en la tierra, parecian saludar al encapotado cielo de color negro, como la boca de una ancha caverna; las cascadas aumentaban su rumor sordo, salpicando las rocas por el ímpetu de los vientos; los lagos, tranquilos antes, despertaban de un letargo, moviendo sus aguas con magestad y encrespando sus olas, y todo aquel cuadro, digno de la sublimidad de un Dios, adquiria nuevo colorido con la luz eléctrica del rayo que lo iluminaba. Yo me senté entonces en uno de los elevados peñascos que dominan el barranco, y sentí embargados mis sentidos en aquel éxtasis mudo, en el cual el hombre quisiera soltar su lengua, y halla algo dentro de sí que se la ata y se la anuda. Luego el aire húmedo que hacia ondular mi cabellera venia impregnado de armonía, traia debilitados los sonidos de las campanas del lugar, echadas á vuelo, segun costumbre, para alejar los espíritus maléficos apoderados de las nubes; lo confieso, pocas veces he sentido mi corazon tan conmovido. No obstante, una escena original me distrajo. Enfrente de mí, y á una distancia de mas de cien pasos, alzaba su enorme masa la peña de san Pablo, gran mole de piedra negruzca, cuyo interior está horadado, y donde es fama vienen las brujas á celebrar sus hechizos. Un hombre de

malas trazas, lleno de harapos, apareció en la cumbre, acosado por una multitud de muchachos que le apedreaban. La desesperacion se habia apoderado de él; miréle con mi anteojo; sus facciones secas y tostadas se contraian, temblábale la barba, y sus ojos pequeños y vivos lanzaban chispas. Parecia pronunciar algunas terribles palabras, segun el rápido y convulsivo movimiento de sus labios. Disparó á los muchachos algunas piedras desde lo alto, y viéndose cada vez mas acosado y herido en algunas partes, dió un salto, y se hundió por una de aquellas bocas de la peña. Las palabras de aquella turba de apedreadores llegaban confusas á mis oidos; sin embargo aun pude entender esta frase, terrible en un pueblo: "*al brujo, muera el brujo.*"

El cielo entonces rompia sus cataratas. No habia otro abrigo para mí que la peña de san Pablo: eché á andar hacia ella, y antes de llegar pregunté á un labrador que, á toda prisa, montado en su mula y entonando alegres cantinelas, se dirigia al pueblo, si habia presenciado la escena de los muchachos.

—Poco mas ó menos no hay dia que no suceda esto.

—Y ¿ porqué apedrean á ese pobre hombre?

—Calle vd. señor, si ese es el tio Manolis el loco, la diversion del lugar.

—Y por ser loco está relevado de que se le respete y tenga compasion?

—Quién hace caso de eso?.. ¡pobre hombre!.... vea vd. lo que son las cosas: hace algunos años, daba de comer á los padres de esos mismos que le apedrean.

—¿Con qué ha sido algo?

—¿Que si ha sido? el mas rico de la villa y alcalde, y vaya.. ahora... ¡pobre hombre! tiene que dormir en la casa de beneficencia y mendigar un pan.

—Infeliz! como ha perdido sus bienes?

—Seria largo de contar... mire vd. él se volvió loco.. tuvo una hija... ea, agur, que el agua aprieta.

En esto avivó la mula, y yo llegué poco despues al gran peñasco.

Aquel labrador habia dispertado mi curiosidad. El tio Manolis estaba dentro, me determiné á verlo y conferenciar con un loco al menos media hora.

La primer bóveda estaba oscura; solo algunos gusanos de luz pegados á las piedras reflejaban un color azul claro en el suelo, á la ayuda del cual y de alguno que otro relámpago, pude divisar varias bocas en el interior. A la ventura me dirigí por la mas espaciosa, yendo á pasar á un óvalo que recibia luz por una hendidura abierta en la cúspide del peñasco. No hay duda por allí se habia precipitado mi hombre. Algunos parages de esta boca, especialmente los descubiertos, estaban llenos de charcos de agua, y otros enjutos defendidos por piedras salientes que servian como de techumbre ó cobertizo. Allí divisé una capa y unos vestidos de muger: no me habia engañado, allí estaba mi hombre. Yo le vi acurrucado en un estremo, tiritando de frio, y mirándome de hito en hito con estupidez. Cuando vió que me acercaba, gritó sin moverse y con una voz fuerte:

—Loco, qué buscas aquí? no sabes que soy brujo.

Su rostro estaba manchado con sangre y barro, sus cabellos canos en desórden, echados hacia atras, dejaban ver su ancha frente sembrada por las arrugas de la vejez y del infortunio.

Me acerqué mas á él y le alargue la mano, diciéndole:

—Soy vuestro amigo.

¡ Amigo ! echóse á reir destempladamente: ¡amigos!.. solo los tuve cuando era prioste de la cofadria de San Sebastian!...

(Se concluirá en el próximo número.)

P. L.G.

Placer, recuerdo y olvido.

(Véase el número 13 de nuestro periódico.)

RECUERDO.

Los sentidos en breve se sacian, el alma no se sacia jamás.—Si no fuera tan corta esa embriaguez de un placer de entusiasmo que ha creado el ardor de una imaginacion juvenil, dejara de ser placer, porque de esa exaltacion se pasara al delirio, y del delirio á la insensibilidad. El alma es la que no se cansa jamás; pero la suerte que tan pródiga ha sido con el hombre al darle el sentimiento de la pena, por qué no lo ha sido de igual modo al darle el del goce?—El Señor, al crear este cuerpo de barro, sepulcro vivo de una alma celestial, al lanzarlo á esta tierra del pecado, ha dado al hombre una ilusion de felicidad con una realidad de dolor. Ficcion el goce que amenudo vive en un ensueño de embriaguez y error; realidad la amargura que palpa los males que al hombre atormentan, que se nutre de sollozos y bebe lágrimas.

Ah! el jóven cuyas delicias eran abrasarse en las miradas de su dulce dueño, sostenerle en sus brazos y contemplarle, pálido de amor, cuando la tempestad del mar y del corazon arreciaba, tuvo que abandonar á su amada! La corbeta partió para *Guayaquil*, y la jóven con ella; *él* se vió precisado á permanecer en el mezquino é insalubre puerto de Cobija, único que tenia entonces la república de Bolivia, y muchas lágrimas vertió al ver que el objeto de sus esperanzas se alejaba de su lado, si bien las muchas promesas de amor, los reiterados juramentos, los continuos suspiros, y sobre todo un beso, el primero de amor, estampado en su frente candorosa, consolaron su afligido corazon, y le dieron valor para soportar su suerte.

¡Qué triste es mirar desde la ribera desplegar las velas de la nave en que está el ídolo de nuestro vivir, y oir los lúgubres ecos de los marineros, y el prolongado y melancólico clamor del silvato del contramaestre!... Cuando acompañados de un canto monotono y sepulcral se arrancan las anclas de las profundidades del mar, y se oye sobre cubierta el ruido de muchas cadenas, y los botes y lanchas son recogidos, y los remos arrojados á un lado, y el timonel es objeto de todas las miradas de los marineros!... Entonces el infeliz navegante clava los ojos en tierra con desconsuelo, y cada instante que pasa le muestra los objetos mas imperceptibles; vierte lágrimas al considerar cual una ráfaga de viento lo aleja de la costa, y pronto se despide de un punto casi imperceptible que es el mas elevado de la tierra que ha dejado.

El que desde la playa observa este espectáculo, tambien padece; una brisa poder arrancar tantos seres en su vuelo, y un corazon apasionado no poder traer á sí un solo ser!!!

La corbeta partió; el jóven se quedó triste y desconsolado en la ribera. Para mitigar su dolor repetia á todas horas del dia aquellas mágicas palabras que ella le habia dicho de ese modo misterioso en que habla una muger que ama; esas palabras que solo crea una muger enamorada, que ella sola sabe pronunciar, y que solo un amante sabe oir. Otras veces dejaba que su imaginacion exaltada recorriese los tiempos, y se parase solo en los de su felicidad, cuando ella, bañada en lágrimas, los ojos vagamente entreabiertos, el cabello mal compuesto, le repetia esos juramentos que nadie oyó, esas promesas de entusiasmo que pocas veces se cumplen; pero que siempre salen de lo profundo del corazon.

Pasaron asi dias, y semanas y meses, y el jóven cada vez mas apasionado, cada vez mas frenético de amor. Cuando un hombre ha creido á una muger, y le ha consagrado ya su existencia y ha admitido un beso de sus labios, ó es un monstruo ó solo vive en el ser que ha escogido. Sus sentidos pueden entregarse á otros objetos, su corazon jamas.

Aquel feliz jóven no tenia mas que un pensamiento y aquel pensamiento era sus delicias; su lloro era bálsamo, bálsamo su suspiro — las cartas de su amada eran tan tiernas! — ¿quién no fiarse en ellas?

La muger cuando ama no medita; el hombre hasta cuando ama medita.

— ¿Qué haria ella en aquel momento? — El jóven está deliciosamente mecido en sus recuerdos, porque el recuerdo es un gran bien que Dios ha hecho á la criatura. *(Se concluirá.)*

J. DE S. Y Q.

Una escena de una comedia inédita, nunca representada. (Acto 1, escena 2.)

DON LORENZO, LEONARDO *sentados en un banco de piedra del puente de Lima.*

DON LORENZO. Los hombres de hoy se mofan de los hombres de ayer, porque los hombres de ayer tienen compasion de los hombres de hoy.

LEONARDO. Aberraciones del entendimiento humano, señor don Lorenzo. Los jóvenes ven que los viejos exageran cuando hablan de sus tiempos floridos y se mofan de ellos... nada mas justo; los viejos ven que los jóvenes exageran tambien cuando hablan del tiempo presente, y se burlan de ellos en cambio... hacen perfectamente.

DON LORENZO. Pero, quién tiene razon?

LEONARDO. Para los sesenta años de vd. tienen razon los viejos; para los veinte de mi vecino, los jóvenes; para mí, que no tengo edad, ni patria, ni casi vida, no tienen razon ni los viejos ni los mozos.

DON LORENZO. ¡Qué triste lenguage! ¿Cuándo desterrará vd. esa melancolía que está retratada en su rostro, qué se descubre en todas sus acciones, qué envuelve á vd. en sombras tan oscuras?

LEONARDO. Cuando los hombres dejen de ser lo que son; cuando la perfidia y la calumnia dejen de reinar en el mundo; cuando poeta no sea sinónimo de loco; cuando no sea un crímen el decir: *yo pienso, yo amo.* Amigo mio, vd. es bueno y sensible, y se complace en el bien; la bondad de vd. llega hasta el estremo de creer á todos los hombres ángeles, porque vd., á sus sesenta, no ha visto mas que las galas de la corte de los virreyes, no ha pisado mas que alfombras, y no ha dormido sino bajo colgaduras de gasa y raso; pero si hubiese vd. tenido una juventud borrascosa y eterna como la mia, si hubiera vd. visto á toda la naturaleza conjurada contra sí, sin padre, sin madre, sin amigos, ni patria, ni nadie con quien reir ni llorar... vd. fuera triste y melancólico como yo.

DON LORENZO. ¡Pobre jóven!... Me enternece vd. cada vez que me habla de sus penas, aunque nunca le he merecido la narracion de ellas. ¿No encontraria vd. un alivio contándomelas á mí, á mí que soy su verdadero amigo, el que diera parte de su dicha por desterrar hasta la sombra del padecer de su corazon?...

LEONARDO. No, bondadoso anciano, no; mis penas no se borran jamás de mi corazon; pero hablando de ellas se me figuraria que algunos cadáveres vendrian á escucharme, y la sola sombra que quisiera ver, la imágen de una muger que es un ángel, esa no, no la veria.

DON LORENZO ¿No fuera mejor desvanecer tan tristes ideas?... Hay mil medios de lograrlo? Por ejemplo... uno se me ocurrre en este instante — Aqui hay muchas mugeres hermosas, divinas; todas admiran el saber de vd., su elocuente decir, su figura; ¿porqué no dedicarse á hacer el amor á alguna?... ¿por qué no amar?...

LEONARDO. Hacer el amor!... Yo!... Ni siquiera entiendo ese lenguaje. Amar!. Yo! el que amó á Paula amar ahora á otra muger!

DON LORENZO. Aunque no fuera amor; seria pasatiempo al menos. Si vd. quiere dinero, sobran mugeres con dinero; si

gracia con gracia, si talento, con talento. Con talento sobre todo aqui hay muchas. Ojalá algunas no se dejasen arrastrar del suyo!.... Yo, tambien jóven europeo, recuerdo ahora sucesos amargos; pero no quiero imitar á vd. en lo reservado. Contaré á vd. todo, por si logro al menos distraerle.

Tengo yo una sobrina muy bella y de gran talento. La pobre jóven, por su desgracia es hija de un hombre que tiene el corazon duro y la voluntad inflexible; el cual, llevado de la ambicion mezquina del dinero y de la vanidad pueril del nacimiento, la entregó por muger á un hombre á quien ella detestaba; la infeliz sufrió algunos años de martirio y un dia al amanecer, en lugar del cuerpo asqueroso del marido, encontraron al lado de ella en la cama el cadaver de aquel hombre cosido á puñaladas. Dieron algunos en decir que ella lo habia asesinado; llevaronla á la carcel y poca esperanza tenemos de que salga triunfante de negocio tan terrible. (1)

Leonardo. ¿Y qué edad tiene esa jóven?

Don Lorenzo. Veinte y dos años.

Leonardo. Y dice vd. que está en una carcel pública! Infeliz!...

Don Lorenzo. Sí — parece que ha oido vd. con interes lo que le he contado?

Leonardo. Con mucho interes, señor don Lorenzo. Me ha hecho vd. un gran bien contándome tan triste suceso.

¿Como se llama esa desgraciada jóven?

Don Lorenzo. Rosa de Ozores.

Leonardo. Pobre muger!.... cometió tal vez un crimen, y porqué?.... porque la sociedad es la tiranía bajo todas las formas!.... Una muger en sus primeros años es la esclava de su padre; luego es la esclava de su marido, y por fin el objeto de befa de todos los hombres; porque es débil, porque enjuga las lágrimas del que llora, porque compadece al que gime, por que da la sangre de sus venas por la felicidad agena. Semejante crimen, si tal crimen ha habido, es obra de una sociedad corrompida. Ah! Si pudiese yo llorar un instante y consolar á esa infeliz criatura! vd. que es tan bueno, concédame esa gracia.

Don Lorenzo. Es imposible que vd. la vea, joven generoso. Ni su padre ni yo, á pesar de haber ofrecido grandes sumas, lo hemos podido lograr. Los candados de su encierro son la envidia y el deseo de venganza de otra muger resentida, y vd. sabe que esas mugeres que vd. pinta como unos ángeles, cuando no son ángeles, son demonios.

Leonardo *(pensativo)*.. La veré, si, la veré.

Don Lorenzo. ¡Qué pensativo está vd. joven?

Leonardo. Me ha enternecido la historia de esa muger; le encuentro no sé que analogia con otra que yo sé y sin embargo no se le parece en nada.

Don Lorenzo. Cuéntemela vd. en pago de la mia.

Leonardo. Contarla!. y de qué me sirviera contarla! de mayor tormento, de agonia mas prolongada. Ah! Bondadoso anciano, crea vd. que, en mis pocos años, soy mas viejo que vd. en su avanzada edad. Pero, parece raro hablar tan tristemente sentados sobre el puente de Lima, no es verdad?.. viendo de un lado esa ciudad sultana, cuyo único defecto es tener las calles tiradas á cordel, llena de hermosas, de flores y perfumes, y del otro ese aromado paseo de naranjos y limoneros, y el murmullo del Rimac que es tan suave como el aire embalsamado que aquí se respira. Vamos, señor de Ozores, dejemos por ahora estas conversaciones tan tristes y demos un paseo.

Don Lorenzo. Démosle en buena hora. ¿Acia la plaza del Acho ó ácia los Amancaes?

Leonardo. Como á vd. plazca.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

ESCENA OCTAVA.

LEONARDO, *solo*. Un palacio ó una carcel!.. Un palacio donde me aguarda una hermosa enamorada, una carcel donde me esperan las lágrimas de una muger afligida. A las doce al palacio.. á las doce á la carcel!... Al palacio subiendo escaleras cubiertas de grana, á la carcel escalando una pared con riesgo de mi vida!.. A las doce al palacio... á las doce á la carcel!... Iré á la carcel!...

J. DE S. Y Q.

(1) El hecho que aquí se narra es histórico, y acaeció en LIMA no hace muchos años.

La Muger.

Una pobre muger es una esclava,
Con ojos bellos y cadena de oro,
Sin hallar mas para enjugar el lloro,
Que un beso mofador.
Una pobre muger abre los ojos
Al arder el perfume en el pebete,
Y al estender los brazos, ya es juguete
De infame corruptor.

Una pobre muger por todos llora,
Y por todos los crímenes implora
El celestial perdon.
Y antes de ver el sol en occidente,
Coronada está ya su pura frente
De fúnebre crespon.

¡Ah! pobre, pobre muger,
Flor del valle de la vida,
De la raza corrompida
Tú no debieras nacer.

Y el pecado paternal,
El que nuestros rostros aja,
No debiera ser mortaja
De tu gracia virginal.

La inocencia y el cando
No serán sello de gloria,
Y crecerá la memoria
De avaro conquistador

Y la rosa se alzará
En el jardin solo un dia;
Despues brillará en la orgia
Y un necio la pisará.

Y el beodo entre hediondez
Con labio lívido, espeso,
Imprimirá fuerte beso
En la blanca y casta tez.

Y necio tú le dirás:
Ayer nació tu hermosura,
Hoy has de hacer mi ventura,
Y mañana morirás.

Y la cándida beldad,
Abandonada y proscrita
Siempre á la virgen bendita
Dirá: ó madre, perdonad.

Verála el hombre sufrir
Sin preguntarle ¿qué tienes?
Sin poner mirto á sus sienes
A la hora de morir.

Cuando nací – desventurado dia!
El hombre de Austerlitz do quier reinaba,
Y el eco de su nombre á mí llegaba
Entre gemidos mil.
Del vencedor los vivas, del vencido
Los lamentos alli se confundian,
Y con velo de muerte me cubrian
En el lecho infantil.

En torno rostros jóvenes y ajados
De cicatrices llenos y de heridas,
Y cien míseras madres afligidas
Llorando de dolor.
Y los campos sin frutos ni verdura,
Hollados por esclavos de un guerrero,
Y el preste bendiciendo el ay! postrero,
Del padre de mi amor.

Y entonces una muger
A mi lado suspiraba,
Mis negros rizos besaba
Llamándome: rosicler.

Perla del golfo salobre.

Brillante de daga mora,
Oro precioso entre cobre,
Dios te dé feliz aurora.

Y al llegar al mediodia,
Coronada esté tu frente
Con el rayo refulgente
Del astro señor del dia.

Una muger vió mis penas,
Una muger me lloró,
Y la sangre de sus venas,
Conmigo tierna partió.

Y despues cuando la muerte
Con su manto la cubria,
La infeliz me bendecia,
Llorando mi triste suerte,

Bien hizo, bien, en llorar,
Bien hizo en marcharse al cielo,
Porque en el mísero suelo
Solo me viera penar.

Mi afligido corazon
Lacerado viera y solo,
Sin hallar de polo á polo
Quien tenga dél compasion.

Me veria eternamente
Prosternado y sin sosiego,
Abrasado por el fuego
De mi volcánica mente.

Me veria arrodillado
A los pies de la hermosura,
Sin poder hallar ternura
Ni un corazon abrasado.

¡Ay! ¡triste, triste de mí!
Ni ese mismo ser de amor
Compadece mi dolor;
Ni entiende mi frenesí.

Ni mi pecho compadece,
Ni responde si le llamo,
Ni ¡mísero! se enternece,
Cuando le digo: "te amo"

La muerte al fin llegará
Cubierta en negro cendal
Y ¿qué mano angelical,
Mis párpados cerrará?

¡Ay! triste, ! triste de mí!
Ni ese mismo ser de amor
Compadece mi dolor
Ni entiende mi frenesí.

J. DE S. Y Q.

DOÑA MARIA DE MOLINA,

drama en cinco actos de DON MARIANO ROCA DE TOGORES, *representado en el teatro del Principe.*

ARTICULO 1.º

Siento mucho que mi amigo el SR. ROCA haya escogido un argumento de tan remota época y de tal naturaleza que muchas personas han imaginado que no era mas que un disfraz para representar sucesos que en el dia estan pasando en España. Hago justicia al genio de este distinguido joven, y creo firmemente que tal no habrá sido su intencion, porque seria suponerle sobrada falta de criterio el atribuirle que ha igualado entre sí dos cosas tan desemejantes como el año de 1300 y el de 1837, la Reina Gobernadora de entonces y la Reina Gobernadora de ahora, aquel pueblo y este pueblo. Las personas que solo reparan en los colores fuertes, mas bien que en los matices, pueden incurrir en tamaño error, pero el SR. ROCA que nos tiene dadas pruebas de su esquisito gusto, de su fuerza de raciocinio y de su exacto discernimiento, no es en manera alguna de este número. Aquellos, que por adularnos á todos, han querido suponer en el poeta este pensamiento, y han esparcido este rumor, deben ser desmentidos públicamente.

En efecto seria hacer poco favor al pueblo del siglo XIX, suponerlo embrutecido hasta el punto que lo estaba el del siglo XIV, y seria sobrado error el idear solamente que una reunion de cortes de enton-

ces pudiera producir los efectos que las que celebrarse pudieran en el dia. Por mi parte no admito semejante comparacion y por lo tanto no puedo creer que el Sr. Roca la admita tampoco.

Pero lo que sí creo es que el Sr. Roca de Togores, al escribir su drama, ha querido probar que, siguiendo fielmente la historia, es posible formar una composicion teatral que escite el interes público y produzca el objeto que se propone el escritor. Partiendo de este principio, lo único que es preciso examinar es si el autor de Doña Maria de Molina ha logrado su intento, que es lo único á que pienso limitarme en el presente articulo.

Confieso que lo digo con el mayor sentimiento, pero, á mi entender, el drama de que ahora me ocupo tiene poco de histórico. Si por historia no se entiende ni la exactitud de las fechas, ni la propiedad de los trages, ni la verdad de las decoraciones, sino mas bien la espresion de las costumbres, la filosofia de los sucesos, la pintura de las creencias, forzoso nos será declarar que en *Doña Maria de Molina* no se ha observado muy fielmente la historia.

Tres grandes caracteres tiene el drama: *la reina, el infante don Enrique y Alfonso Martinez*, procurador á las cortes de Valladolid-Los tres son bellisimos considerados aislamente, pero teniendo en cuenta que forman parte de un todo, representacion de sucesos y costumbres del año de 1300, no ofrecen realmente el mismo encanto.

En aquel siglo, como lo ha hecho notar muy buen uno de los mas eruditos escritores del dia, no se conocia la libertad de derecho sino solamente la de privilegio, y asi el pueblo yacia en una vergonzosa esclavitud, sin atreverse casi á alzar la frente para mirar á sus señores. Firme en esta creencia, no he podido menos de estrañar, como he estrañado, el desenfado conque habla un *villano* delante de aquellos hidalgos atrevidos cuyo poder rivalizaba con el de los reyes. El caracter de Alfonso, por noble que en sí sea, es imposible que haya existido en hombre del siglo en que se pinta. Jamas se hubiera atrevido un tejedor á arrojar el vino con que le brinda una reina, á presencia de tantos prelados y nobles á quienes dice lleno de arrogancia: que

....los villanos
Ni el vino del sacramento
Recibieran de sus manos;—

jamas se hubiera atrevido el pueblo aquel á humillar á los poderosos señores del reino en su rostro; por grave hubiera sido tenido tal delito, y terrible hubiese sido el castigo.—

Con sentimiento he tomado la pluma para hacer el análisis de esta produccion; me hubiera abstenido de hacerlo sino me lo impusiera una dura obligacion; pero una vez que cedo á ella, quiero cumplir con mi conciencia.

Continuaré con igual franqueza mis observaciones acerca de este drama; inutil me parece inculcar la idea de que cuanto yo diga en bien y mal de la obra, no pasa de ser una mera opinion mia, pues estoy muy lejos de hallarme en el caso de hablar como maestro, sobre todo tratándose de persona tan superior como el señor Roca de Togores.

J. de S. y Q.

Editor *Jacinto de Salas y Quiroga.*

Este periódico sale todos los domingos; precio 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias. Suscríbese en Madrid en la redaccion calle de Jardines, num. 36 cuarto bajo, y en la librería de la Viuda de Cruz, frente á las Covachuelas; en las principales librerias del reino y en todas las administraciones de correos.

Madrid. Imprenta y redaccion del No me Olvides, calle de Jardines, n. 36.

NO ME OLVIDES

LAURA Y PETRARCA.

Lifog.ª de Barrio-nuevo.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
SEMINARIO BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX